

cerse de su mérito y el ofrecerse por sus compañeros, fué cosa de pocos días.

Cortas son las noticias que poseemos sobre Simón Rodríguez de Azevedo (1). Había nacido en Voucella, diócesis de Vizeu, en Portugal, y por su buen ingenio y disposición, mereció ser en París uno de los que llamaban en Portugal estudiantes reales, esto es, estudiantes á quienes hacía la costa el rey, porque, antes de fundarse la universidad de Coimbra, los reyes de Portugal, para fomentar los buenos estudios, solían costear la carrera literaria á ciertos jóvenes aventajados. Mientras estudiaba en París el joven Simón, sentía grandes deseos de servir á Dios, aunque mezclados con cierta incertidumbre y congoja, por no poder precisar á qué género de vida le llamaba la divina Providencia. Todas sus dudas se desvanecieron cuando trató con Ignacio, y al oír de éste los santos propósitos que meditaba de ir á Jerusalén y emplearse después en la salvación de las almas, reconoció que la vocación de Ignacio era la suya, y que en ella debía emplear los santos deseos que experimentaba.

Al tiempo que estos tres últimos se agregaban á Ignacio, empezó á arrimársele un joven español de buena índole, pero de carácter levantisco y desigual. Llamábase Nicolás Alfonso; pero él, siguiendo una costumbre bastante general en aquel tiempo, se apellidaba Bobadilla, del nombre de su pueblo natal, que era Bobadilla del Camino, en la diócesis de Palencia (2). Había estudiado en Valladolid, y después en Alcalá (3), y enseñado lógica breve tiempo en la primera

(1) Ni siquiera sabemos cuándo nació. Los brevísimos datos que suministramos están tomados de Polanco (*Vita P. Ign.*, p. 49) y de Téllez (*Chronica da Comp. di Jesu en Portugal*, l. 1, c. v).

(2) No podemos precisar el año en que nació Bobadilla, pero nos parece bastante probable el 1507 señalado por el P. Cristóbal de Castro (*Hist. del colegio de Alcalá*, libro 1, c. vii). En el primer tomo de la colección *Vocationes Nostrorum* conservamos un escrito muy característico de Bobadilla, que da alguna luz para esta cuestión. El escrito se intitula «*Justa et legitima causa, quare Magister Nicolaus Bobadilla non facile credit medicis, nec obedit illis semper dum infirmatur*». Este escrito en que Bobadilla explica las razones que tiene para no hacer caso de los médicos, empieza con esta frase: «*In primis est sciendum, quod M. Nicolaus Bobadilla est hodie aetatis octoginta annorum et ultra.....*» No sabemos cuándo se escribió este papel, pero como dice Bobadilla que tiene más de ochenta años, y consta que murió en 1590, resulta que debió nacer antes de 1510, y, por consiguiente, es inexacta la fecha 1511, que algunos han asignado á su nacimiento. La fecha del P. Castro satisface bien á todo.

(3) En el Archivo Histórico Nacional, consultando el tomo citado anteriormente *Alcalá. Libro de actos y grados*, 1523-1544, al folio 34, encontramos una hoja de 58 graduados de bachiller en artes el 20 de Junio de 1529. En el número 51 leemos:

de estas ciudades; pero ansioso de aprender las lenguas sabias, dirigióse á la universidad de París. Llegado allí, oyó hablar de Ignacio, como de hombre que estaba bien quisto en la universidad, y sabía favorecer á sus amigos con buenas recomendaciones, y aun con dinero que ahorraba de su pobreza. Como el buen Nicolás no estaba muy sobrado ni de amigos ni de dinero, acogióse á Ignacio, pidiéndole favor. Prestóselo cumplidamente el santo, y le acomodó bien en la universidad. Este auxilio temporal fué el principio que atrajo el corazón de Bobadilla, primero á escuchar los consejos de Ignacio, y después á unirse con él perfectamente (1).

«*De Bouadi.*» Falta el nombre y no está terminado el apellido por haberse gastado el borde del papel. Suponemos que este bachiller será nuestro P. Bobadilla.

(1) Polanco, *ibid.* En una colección de relaciones manuscritas que conservamos con el título *Vocationes Nostrorum*, al principio del segundo tomo hay una breve biografía del P. Bobadilla, que sin duda fué dictada por él mismo, pues de vez en cuando aparecen correcciones y aclaraciones de letra de Bobadilla. Además, en una ocasión pasa descuidadamente de la tercera persona á la primera, y el estilo es el mismísimo que en otros escritos muestra el buen P. Nicolás. Copiamos el principio de esta biografía, todavía inédita, y que nos suministra algunos datos sobre la juventud de este Padre.

Fuit M. Nicolaus Alphonsus natus in villa Bobadilla del Camino, dioecesis Palentinae, ibique nutritus, educatus a devotis et christianis parentibus suis Francisco Alphonso et Catherina Perez matre, qui educarunt semper illum in timore Domini, frequentando ecclesiam cum magna devotione. Cum autem esset novem annorum, studuit grammaticae in patria, sed defuncto patre, profectus est Vallisoletum et dedit operam rhetoricae et logicae usque ad annum decimum tertium aetatis suae. Postea pervenit Complutum et audivit cursum artium et philosophiae sub magistro Georgio de Naveros, doctore doctissimo et magnae auctoritatis apud Caesarem imperatorem, Carolum V, quem sequutus est in Germaniam praedicando, ibique mortuus est ante bellum langravicum. Fuit M. N. Bobadilla Compluti in collegio philosophorum, quod Sanctae Liberatae, vel Sanctae Catherinae vocabant, et ibi accepit gradum artium et philosophiae et in theologia audivit Gabrielem Biel, sub doctore Medina, theologo doctissimo, professore in academia Complutensi; deinde reversus Vallisoletum, audivit theologiam in scholis publicis et in collegio S. Gregorii, sub eximio theologo Magistro Astudillo, qui legerat ibi S. Thomam per viginti annos.

Sed postquam M. N. Bobadilla dederat operam theologiae per quattuor annos et legerat cathedram vesperarum logices in supradictis scholis publicis, adhuc tenebatur magno desiderio studiorum, maxime bonarum litterarum et linguarum. Ideo profectus est in almam Parisiorum academiam, in Galliam, ubi non post multos dies dederunt illi cursum philosophiae in collegio Calviaco, juxta Sorbonam. Eo tempore incipiebat grassari Parisiis haeresis lutherana et multi comburebantur in platea Mumbert, et qui graecisabant, lutheranizabant.

Ideo M. Bobadilla remisit propositum quod habebat in Hispania trium linguarum, scilicet, graecae, iatinae et hebraicae, maxime quia invenit Parisiis virum sanctum, Magistrum Ignatium de Loyola, qui illum exhortatus est ad prosequendum studia theologiae scholasticae et positivae Sanctorum Doctorum, cujus consilium est sequi-

Estos fueron los seis compañeros que, juntamente con San Ignacio, hicieron el célebre voto de Montmartre. En el modo de atraerlos, debemos observar la prudencia que iba adquiriendo el santo patriarca con el tiempo y los reveses pasados. Al juntar los compañeros estables usó una táctica enteramente distinta de la que siguió con los anteriores. ¿Qué vemos en los compañeros que no perseveraron? Una conversión estrepitosa, un vestirse de sayal, andar descalzos, mendigar de puerta en puerta; en una palabra, empezaban de golpe con las exterioridades de una penitencia extraordinaria; pero al poco tiempo se cansaban de aquel modo de vida que San Ignacio pudo practicar en Manresa, pero que era insostenible sin un esfuerzo heroico para estudiantes que habían de vivir en grandes poblaciones. Venían luego las dificultades extrínsecas de los amigos y parientes, levantábanse persecuciones, y los que habían emprendido con tanto brío la senda de Ignacio, desfallecían miserablemente y le volvían las espaldas.

Con los nuevos compañeros se hubo el santo de otro modo. Nada de exterioridades extremadas, nada de estampidos. Todos, después de unirse á Ignacio, seguían como antes en las tareas de sus estudios; pero al mismo tiempo el maestro los iba formando en el espíritu, les hacía frecuentar los sacramentos, los ilustraba en los exámenes de conciencia, y, finalmente, les daba los Ejercicios. Cuando al cabo de meses, y aun años, mediante esta educación lenta, los tuvo formados y robustos en la virtud, entonces hizo con ellos el voto de Montmartre, y cuando terminaron sus estudios, pudieron todos emprender, no la vida que había hecho San Ignacio en Manresa, sino la que había de hacer la futura Compañía de Jesús.

5. Cuando Ignacio tuvo reunidos á estos seis jóvenes, empezó á deliberar con ellos sobre el modo de poner en planta la vida que deseaba establecer (1). Todos estaban resueltos á peregrinar á Tierra Santa

tus, audiendo theologiam sub doctore Benedicto et Magistro De Ori, viris doctissimis apud S. Dominicum, et apud franciscanos Magistrum De Cornibus, non satis laudatum apud omnes theologos; audivit etiam actus publicos theologorum licentiautorum, et domi legebat sanctos Doctores, ut habetur in catalogo librorum suorum; et tandem scripsit ibi super omnes epistolas Pauli et quattuor evangelistas, et fragmenta quaedam super libros Veteris et Novi Testamenti, quia non credebatur se posse amplius studere, quia fecerat exercitia spiritualia cum M. Ignatio de Loyola et voverat se iturum in paupertate ad sanctum Sepulchrum Hierosolimitanum, etc.

(1) Todo lo que sigue lo tomamos principalmente de Fabro (*Memoriale*, p. 13) y de Simón Rodríguez (*De origine et progr.*, S. J., p. 13). Véanse también Ribadeneira

y á entregarse, terminada esta romería, á los ministerios apostólicos. Como esta segunda y principal parte de su plan exigía el auxilio de los estudios sagrados, decidieron continuar en París tres años sin hacer en lo exterior ninguna mudanza de vida, hasta que todos hubiesen terminado la teología. Finalmente, para prevenirse contra las tentaciones del enemigo y contra la inconstancia de la humana fragilidad, juzgaron conveniente asegurar estos buenos propósitos con el sagrado vínculo de un voto. Pero antes era preciso determinar bien el objeto de esta promesa, pues no se trataba de votos usados en alguna orden religiosa, sino de un voto especial y nuevo, cuyo alcance ellos mismos debían de antemano definir. Examinado maduramente el negocio, convinieron todos en que el voto contendría tres cosas: 1.^a, pobreza; 2.^a, castidad; 3.^a, ir á Jerusalén y emplearse después en procurar la salvación de las almas. En cuanto á la pobreza, advirtieron que mientras durasen los estudios, no entendían despojarse de la facultad de poseer, pues parecía necesaria para continuarlos; pero que después no recibirían estipendio por misas y otros ministerios sagrados. El voto de castidad no pedía interpretación. Á la promesa de ir á Jerusalén, añadieron una limitación, y fué que, llegados á Venecia, esperarían un año embarcación, y si en este tiempo no la encontraban, acudirían á Roma, y, puestos á los pies del Sumo Pontífice, se ofrecerían á su obediencia, para que los emplease donde fuese servido en provecho de las almas.

Determinada así la naturaleza y alcance del voto, escogieron para emitirlo el día de la Asunción, 15 de Agosto de 1534, día feliz, en que algunos colocan el nacimiento de la Compañía, si bien acostumbramos, y con razón, fijar el principio de nuestra Orden en el año 1540, cuando fué aprobada con bula por la Santa Sede. Al amanecer de este día, Ignacio y sus seis compañeros se dirigieron silenciosamente á la capilla de San Dionisio, sita en la *colina de Montmartre* (1). Estaban los siete enteramente solos. El B. Fabro, que era el único sacerdote, dijo la misa. Al llegar á la comunión, volvióse á sus compañe-

Vida de S. Ign., l. II, c. IV, y Polanco, *Vita P. Ign.*, p. 50. Lainez en su carta menciona el hecho, pero no escribe relación de él.

(1) La capilla en que hicieron este voto nuestros Padres ha desaparecido por completo en las grandes transformaciones topográficas que ha sufrido la ciudad de París, aunque el sitio era poco más ó menos el mismo que ocupa la bonita capilla de San Dionisio, construida recientemente en la *rue Antoinette*. Quien desee más pormenores sobre este punto puede consultar al P. Carlos Clair, *La vie de S. Ignace de Loyola d'après Pierre Ribadeneira*, p. 165 y siguientes.

ros, teniendo en las manos el santísimo Sacramento. Arrodillados los seis en torno del altar, fueron pronunciando uno en pos de otro, en voz alta su voto, y recibiendo la sagrada comunión. El último de todos, el celebrante, volviéndose al altar, emitió en voz alta su voto como todos los demás. Terminada la santa misa, y dadas á Dios las gracias por tan inmenso beneficio, bajaron al pie de la colina, y en torno de una fuentecilla tomaron una refección harto frugal, pues se redujo á pan y agua. Allí pasaron lo restante del día en conversación animadísima, *magna animorum laetitia et exultatione*, como dice el P. Simón, desahogando cada cual los afectos encendidos que el Espíritu Santo le inspiraba, y columbrando los sacrificios, las empresas, las hazañas que habían de hacer en servicio de Dios y bien de las almas. Por fin, á la caída de la tarde, volvieron todos á sus casas alabando y bendiciendo á Dios (1). Acto feliz el voto de Montmartre, que, como todos los inspirados por el divino Espíritu, llevaba eminentemente el sello de la humildad y de la caridad. Nadie advirtió en París lo que hacían aquellos siete pobres estudiantes encerrados en una capillita, y, sin embargo, ¡cuán fecundo en bienes espirituales había de ser aquel holocausto que allí se ofrecía al Señor!

6. Este voto lo renovaron los dos años siguientes, el mismo día, en el mismo sitio y con las mismas circunstancias. No asistió á estas dos renovaciones Ignacio, porque, como veremos, hubo de venir á España; pero, en cambio, acrecentóse la alegría de todos con la agre-

(1) En la narración del voto de Montmartre hemos seguido las dos relaciones que poseemos de dos de aquellos Padres, el B. Fabro (*Memoriale B. P. Fabri*, p. 12) y el P. Simón Rodríguez (*De origine et progressu*, S. J., p. 14). Este segundo tiene en su relación una frase que á primera vista desconcierta al lector. Dice que San Ignacio no se halló presente á este voto. *At voto huic quod duobus consequentibus annis, eadem ipsa die, eodem loco et sacello Divi Dionysii, eadem coeremonia confirmarunt, certis quibusdam de causis Pater Ignatius non interfuit; omnia tamen ex ejus consilio et judicio fiebant. Ibid.* En cambio el B. Fabro afirma terminantemente lo contrario. *Eramus autem, qui hac prima die convenimus, Ignatius, magister Franciscus, ego Faber, magister Bobadilla, magister Lainez, magister Salmeron, magister Simon. Memoriale*, p. 13. En caso de incompatibilidad entre estos dos testimonios, más debiéramos fiarnos del B. Fabro, que escribía pocos años después, como que murió en 1546, que del P. Simón, que redactó su relación cuarenta y tantos años más adelante en el generalato del P. Mercurián. Además, con el B. Fabro convienen todos los historiadores que hablan de este voto, sin que aparezca disonancia en ninguno. Podemos, pues, explicar el texto embarazoso del P. Simón diciendo que la ausencia de San Ignacio allí indicada se refiere á la renovación del voto que se hizo los dos años siguientes. Así lo hace el P. Clair (*La vie de S. Ignace*, p. 439). ¿Quién sabe si aquel *quod* del P. Simón es un *quando* en abreviatura, ó un *quum*, con lo cual todo quedaría en claro?

gación de otros tres compañeros, que, por lo menos, ya estaban reunidos en la renovación de 1536. Llamábase el primero Claudio Jayo, y era saboyano; el segundo Pascasio Broet, francés, nacido en Breteuil, cerca de Amiens, y el tercero, Juan Coduri, provenzal, natural de Seyne, actual departamento de Basses-Alpes (1). Otros varios se movieron con la conversación de Ignacio á seguir la perfección evangélica y á entrar en religión. Algunos sintieron vehementes impulsos de abrazar su género de vida, entre los cuales cuenta Polanco á un Cáceres, distinto del otro compañero de Ignacio en Alcalá y Salamanca; pero, como sucede en estas cosas de espíritu y perfección, muchos fueron los llamados y sólo nueve los escogidos (2)

Una vez reunidos sus compañeros, procuró Ignacio con toda diligencia conservarlos en aquel fervor de espíritu que había sabido inspirarles, encargándoles para esto la frecuencia de sacramentos y los ejercicios de la piedad cristiana. «Íbanse criando, dice Ribadeneira, con esto en sus corazones unos ardientes é inflamados deseos de dedicarse todos á Dios. Y el voto que tenían hecho (el cual renovaban cada año) de perpetua pobreza, el verse y conversarse cada día familiarmente, el conservarse en una suavísima paz, concordia y amor y comunicación de todas sus cosas y corazones, los entretenía y animaba para ir adelante en sus buenos propósitos. Y aun acostumbraban, á imitación de los Santos Padres antiguos, convidarse, según su pobreza, los unos á los otros, y tomar esto por ocasión para tratar entre sí de cosas espirituales, exhortándose al desprecio del siglo y al deseo de las cosas celestiales. Las cuales ocupaciones fueron tan eficaces, que en todo aquel tiempo, que para concluir sus estudios se detuvieron en París, no solamente no se entibió ni disminuyó aquel su fervoroso deseo de la perfección, más antes con señalado aumento iba creciendo de día en día» (3).

(1) No estará de sobra advertir que los editores le colgaron al P. Simón Rodríguez un grave yerro acerca de la patria del P. Coduri. El P. Simón escribió bien (como se ve en el manuscrito que conservamos) que era el P. Coduri *ex Provincia oriundus*. Los editores no debieron recordar que *Provincia* significa *Provenza*, y para dar algún sentido á la frase, añadieron un pronombre é imprimieron así: *ex eadem provincia oriundus*. *De origine et prog.*, S. J., p. 11. Con esto hicieron al P. Coduri natural de la misma provincia que el P. Broet, nombrado anteriormente. Conste que el yerro es de los editores, no del P. Simón.

(2) Polanco, *Vita Ign.*, *ibid.*

(3) *Vida de S. Ign.*, l. II, c. IV.